

Claudio, Póppea en tiempo de Neron, y la astuta Libia en tiempo de Augusto. Todo esto se mezcla á los sangrientos asuntos de Estado, hace agitarse en medio de tantas pasiones el veneno de sus envidias y de su furor; se dan y reciben la muerte lo mismo que los hombres. Cesonia, con el yelmo en la cabeza, recorre á caballo las filas de los pretorianos: Agripina se sienta en el trono de Claudio y da audiencia á los embajadores. La mujer recibía entonces esa emancipación brutal que en nuestros días ha sido defendida caprichosamente en contra suya; era libre, tomaba un marido, le repudiaba, le volvía á tomar, contaba sus años por el número de sus maridos; cuando es esposa solo piensa en el divorcio, se divorcia pensando solo en el matrimonio; la primera noticia de cada día es un divorcio (1). No os vanagloriéis tanto, libertinos de Roma; la mujer no tiene nada que envidiaros. Ella que antiguamente no asistía á los banquetes, velará en la orgía como vosotros, se embriagará como vosotros, provocará como vosotros el innoble vómito enseñado por la intemperancia; como vosotros destrozando á fatigazos el cuerpo de sus pobres esclavos, en medio del estudio de las tablillas, llamará al verdugo para que los castigue; quiere todo lo que viene de vosotros, hasta vuestras miserias. Hipócrates se engañaba cuando atribuía castigos privilegiados á la intemperancia de los hombres; la mujer no se escapa ni de la calvicie, ni de la gota. ¿Hay siquiera una debilidad de su siglo de que ella no se haya libertado? Avergonzada de su fecundidad, oculta con los pliegues de su manto el peso vulgar de su vientre; y si esto no basta, se atreverá á concebir en vano. La veréis en el teatro, en el circo, con el puñal apoyado en el desnudo seno esperar al jabalí (2).

Pero mientras corría la sangre imperial, sangre privilegiada, asunto doméstico en que el público no tenía la indiscreción de mezclarse, Neron dejaba el imperio á Séneca y á Burro, olvidando los negocios públicos hasta el punto de abandonarlos á la dirección de hombres honrados. Después de la muerte de Agripina, se aumentó su popularidad, revocó los destierros que había impuesto su madre, y erigió sepulcros á sus víctimas, para poner de manifiesto su crueldad. Tres años después del parricidio, Traséas elogiaba este gobierno que había abolido la cuerda y el verdugo; y Roma que había sufrido á Seyano, á Tiberio, á Calígula, á Claudio, á Mesalina, á Agripina, no debía manifestarse muy opuesta á la misericordia y á la clemencia.

Mientras tanto se desarrollaba el carácter imperial. Este carácter tenía su lado elegante, artístico, civil; pretensiones de talento y ambiciones inocentes. Calígula, aunque brutal, no

(1) *Uxorem nemo duxit nisi qui abduxit... Nulla sine divortio acta.* SENECA, *De benef.* I, 9; III, 16.

(2) TÁCITO, *Ann.* XV, 32; JUVENAL, VI; SUETONIO, *en Domit.* 4; STACIO, *Silv.* I; MARCIAL, I.

fué un genio ocioso, ni una inteligencia embotada. Neron era, por decirlo así, demasiado emperador para no tener todos los gustos de su siglo. Poeta, reunía en su casa á todos los ingenios de la época que en sus tertulias literarias llevaban cada uno su hemistiquio, y de estos hemistiquios componía sus poemas. Orador, se hizo decretar la palma de la elocuencia, pero sin concurso, porque hablaba demasiado mal. Filósofo, convidaba á los estoicos á su mesa y se recreaba en sus disputas. Además era pintor, escultor, tocaba la cítara; era hasta áuriga. Pero su afición á las artes ¿le hacía más noble, más bueno? No. Porque no todo consiste en el talento. Por otra parte, según la moralidad y las leyes antiguas, este género de talento era una cosa reprobada, prohibida, deshonorosa; tocar la lira era una vergüenza; bailar era renunciar al pudor viril. La moral antigua, tan indolente contra las artes, tenía bastante poder para degradar á los artistas.

Á estas ideas debe agregarse aquel espíritu romano que todo lo materializaba. La pintura y la escultura no eran ya las artes sagradas del tiempo de Fidias; pero era mucho más popular el arte del áuriga y del pantomímico. La misma música, pasión favorita de Neron, que tenía todas las pasiones, la música, arte tan grave y tan santo en Grecia, donde se había hecho de ella una de las bases de la civilización, no era ya más que un oficio de mendigos; ya no acompañaba más que á la muerte sangrienta de los gladiadores, á las evoluciones de los titiriteros, á la orgía de los banquetes, y el tránsito de las artes á la voluptuosidad, de la voluptuosidad á la corrupción, y de la corrupción al asesinato, era mucho más rápido de lo que puede creerse.

En cuanto á Neron, estuvo contenido algún tiempo con aquella dignidad activa de su madre, dominado solo por su corrupción y por la indulgente virtud de sus maestros. Al principio tuvo en sus jardines un circo, donde conducía los carros ante un público escogido; después el pueblo principió á agruparse á las puertas y á solicitar la entrada. Tuvo también en su palacio un teatro de sociedad, donde cantaba en presencia de sus amigos, y adonde hacía asistir al grave Burro, pero el pueblo, buen cortesano, le hizo desaparecer, no quiso ya actores triviales y pidió que saliese Neron á las tablas (1). ¿Pero creéis que el emperador en la escena dejará de ser emperador? ¿Creéis que le abandonarán su acompañamiento de centuriones y de tribunos cuando se presente temblando delante de sus jueces limpiándose el sudor de la frente, saludando al pueblo, templando la lira? ¿Creéis que no tendrá un consular que le lleve la lira y un cónsul que anuncie al pueblo el espectáculo, y reclame la indulgencia del público en favor de este tímido principiante? Si Neron canta, quiere que le acompañe un coro de

(1) *Ut studia sua publicaret.* TÁCITO.

senadores, de consulares, de matronas; si sube á las tablas, quiere que le acompañe toda la aristocracia. Se funda una escuela adonde acuden los jóvenes y los viejos y toda la nobleza á aprender el arte del histrion. Al principio, Neron reunió á costa de enormes gastos algunos nobles arruinados; pero después siguieron esta senda otros muchos impulsados por el temor, por el espíritu cortesano y por la fuerza (1).

Así se acumulan todos los rencores. La aristocracia, que por sí misma se hubiera presentado voluntariamente, se indigna contra Neron por haberla obligado á presentarse por la fuerza. Neron ve elevarse á su grande y temible enemigo. El estoicismo ha moderado algún tanto el antiguo espíritu romano; entre la filosofía y el patriciado, entre la antigua Roma y la nueva Grecia, se forma una alianza defensiva contra el espíritu imperial; el Senado, que después de la proclamación de Neron conserva alguna libertad en sus deliberaciones, deja conocer esta oposición; el jurisconsulto Casio, uno de aquellos cuya raza parece no hubiera debido sobrevivir á la batalla de Filipo, conserva en su casa el retrato del asesino de César, su antecesor, con esta inscripción: *Al jefe de nuestro partido (Duci partiam)*: En medio de la molición romana, acuden los hombres y las mujeres á los jardines para oír al cínico Demetrio, aquel filósofo audaz que respondía á Neron: *Tú me amenazas con la muerte y la naturaleza te amenaza á ti*; que en medio del gimnasio, en presencia del Senado, de los caballeros, de César, clamaba contra los baños, contra el lujo, contra el refinamiento de los Romanos, mientras toda la servidumbre de palacio « los centuriones de barba de chivo, la juventud robusta del pretorio, habiendo declarado la guerra á la filosofía, se burla del manto del estóico » y vende por 100 ases ciento de estos doctores griegos (2), » y por más que haga el prudente Séneca para desterrar el estoicismo, que es un sistema esencialmente político, é impulsa al sabio á los negocios, va formando un partido.

Ya tiene su jefe, su futuro emperador. Un estóico, de la familia de los Césares, de exterior severo, de casta sencillez en su vida privada, rodeado de filósofos, retirado y por lo tanto más distinguido, Rubelio Pláuto, es indicado á Neron como un hombre (fijese en esto la atención) « que no finge ni aun el gusto á la ociosidad; » tan necesario era ser inútil si no se quería pasar por peligroso! Sus amigos se creían ya tan fuertes que bastaba un cometa ó un relámpago para hablar de su reinado, y por lo tanto para arruinarle; pero no morirá de repente; le advierten que conviene evitar la calumnia, y sacrificarse por la tranquilidad pública; en Asia tenía bienes con que poder vivir tranquilo sin temer á los enemigos ni á

(1) « Principe senatuque auctoribus.... qui vim quoque adhibeant. » *Id.* *Ann.* XIV, 26.

(2) « Et centum Græcos nudo centusse licetur. » PERSEO.

los delatores; y así fué alejado pacíficamente de Roma sin que Neron deseara ardientemente que fuese desterrado; tanto se había alejado el gobierno de la violenta tiranía de los primeros emperadores; ¡tan popular era aun la clemencia!

Pero cuando la muerte de Burro, acelerada por Neron, le puso ya fuera de tutela, cuando Tigelino, hombre del mismo temple que Neron, fué nombrado prefecto del pretorio; cuando Séneca, entre los abrazos de su señor que le suplicaba no se retirase, y que sentía tanto más la necesidad de hacerlo, se alejó de Roma para madurar su filosofía en una austera soledad, donde escribió sus obras más graves, y especialmente las cartas á Lucilio; en fin, cuando Neron se vió libre de todos estos obstáculos, el genio imperial se manifestó en toda su desnudez. Dos desterrados infundían miedo; un Sila, aunque este nombre estaba ya desacreditado en Marsella y en Asia, y Pláuto, tan grave y tranquilo en medio de los filósofos; aquel era temido por ser indolente y pobre, este por ser rico y pensador. Los asesinos salieron de Roma, llegaron en seis días á Marsella, y quitaron la vida á Sila estando cenando. La muerte de Pláuto fué más notable. Pláuto era un hombre popular en Asia; en Roma le defendían los estoicos que le habían elevado, y el amor del virtuoso general Corbulon. Sin embargo, Neron no envió contra él más que un centurion con sesenta hombres, por lo cual hubo algunos deseos de oponerles resistencia. « Era preciso rechazar aquel puñado de hombres; mientras llegaba á noticia de César y enviaba nuevas órdenes, podían originarse grandes cosas. » Nueva y extraña coincidencia. Estuvo próxima á estallar una guerra contra César, y los estoicos estaban dispuestos á combatir. Pero esta idea de hacer la guerra al César asustaba los ánimos, y siguiendo el consejo de los filósofos, Pláuto, hombre vigoroso y valiente, se dejó matar pacíficamente por un peloton mandado por un eunuco. Las dos cabezas fueron llevadas al César, que se burló de la temprana calvicie de Sila, y de la gran nariz de Pláuto, y escribió al Senado, no diciendo que era autor de su muerte, sino ultrajando su memoria, lo cual era bastante decir. Todo esto sucedía mientras Neron iba á hacer admirar su hermosa voz en Nápoles; mientras en Roma tenía magníficas cenas en todas las plazas, y « se servía de toda la ciudad como de su casa, » mientras Póppea paría en Ancio, ciudad predilecta de César para el nacimiento, y el Senado votaba sacrificios *por su vientre*, y acudía todo el mundo á Ancio para celebrar este suceso; la niña, fruto de este parto, murió á los cuatro meses, y el Senado la hizo diosa, y la dedicó un templo y sacerdotes; sucedían, en fin, todas estas cosas en medio de magnificencias tan grandiosas y tan romanas, por decirlo así, que Tácito se excusa por no hablar de ellas más que una sola vez.

En medio de todo esto estalla el incendio de Roma. Suetonio y Dion acusan como autor á Neron; Tácito, mas severo, es tambien mas reservado. Yo no lo decidiré; el espíritu artístico y la afición á los espectáculos, el amor de la poesía en acción, estaban tan exaltados en Neron que quiso ver arder á Roma. Cuando á los tres días del incendio llegó desde Ancio y vió las llamas, dueñas de la ciudad, correr por las tortuosas calles de Roma, ondular sobre las colinas, derribar en el Tiber los pisos irregularmente amontonados de aquellas inmensas casas; cuando oyó aquella confusión de gritos, aquellas luchas inútiles, la fuga, los silbidos de los ladrones, las amenazas de los incendiarios que gritaban á grandes voces: *No nos detengáis, tenemos órdenes*; cuando vió aquella muchedumbre arrastrando sus heridos y sus muertos, refugiarse en el campo de Agripina, entre los monumentos y las tumbas, y buscar un asilo donde no habia un techo siquiera; en fin, cuando vió que ya en la plaza no existia su palacio, y su habitacion, confinada hasta entonces miserablemente entre dos colinas, destruida por gracia de los dioses, y pensó que aquella vieja Roma innoble, mal reconstruida despues del incendio de Brenno, sería sustituida por una Roma *Neroniana*, magnífica por su simetría y grandeza, y que en esta destruccion de tantas casas, lloradas por los viejos, pero que á él nada importaban, habia oido el último grito de una ciudad vieja, de un palacio indigno de él; su genio de arquitecto, de pintor, de poeta, bien pudo hacer callar en su corazon el último resto de humanidad. Que Neron pensó hacer en Roma, como hoy se dice, una destruccion monumental, para hacer despues una resurreccion monumental; que al cabo de seis días, no habiendo concluido el fuego su proyecto, mandó á su amigo Tigelino que le atizase para que se prolongase tres días mas; que hizo derribar con el ariete las viejas murallas que habian quedado en pié y que eran un obstáculo para su palacio; que en medio de estas escenas, desde la alta torre de Mecenas, vestido de trágico habia dicho que la llama era muy bella, nada encuentro yo inhumano para un César.

De los catorce barrios en que estaba dividida Roma, tres quedaron completamente arrasados, y siete no ofrecian mas que ruinas. Para los que en política como en arquitectura no quieren mas que la línea recta, nada mejor que destruir un Estado y quemar una ciudad; uno y otro renacerán contruidos á cordel y con escuadra. Roma resucita, pues, como por encanto, hermosa y regular; las calles son anchas, los edificios de una altura ordenada; hay pórticos y terrados en todas las fachadas. La ignorante arquitectura de los Tarquinos no ofenderá ya con su crudo contraste el clasicismo griego de los emperadores; no se verán ya las tortuosas y oscuras calles de la edad média de Roma, ni los pisos desnivelados, ni las islas indeciblemente pintorescas; aunque los viejos

murmuren que de este modo Roma tan expuesta á los rayos del sol será ménos sana, y los pintores, si es que habia pintores, reclamen en favor de aquellos efectos de luz, de aquellos contornos atrevidos, de aquellas formas primitivas que presentaba la ciudad. La arquitectura oficial es siempre la misma; es la que posteriormente derriba los balcones de las ciudades moriscas, y hace una calle para los coches en Venecia; es la que hacia resaltar en Roma las indecibles bellezas del ángulo recto; y Neron, admirado ante su propia obra, decretaba que Roma no era ya Roma, y que debia cambiar su nombre, no bastante glorioso, en el de Nerópolis.

Y si el pueblo es alojado con tanta magnificencia, ¿cuál será la habitacion del César? ¿Qué ha sido de la pequeña casa de Augusto en el Palatino, suficiente para él, pero indigna de sus sucesores? Tiberio le agregó un palacio nuevo; Calígula le prolongó hasta el Foro; Neron le ensanchó por el otro lado hasta la puerta Esquilina abrazando en su recinto los vastos jardines de Mecenas. Hoy Roma se separa del palacio de Neron y le deja campo libre para embellecerse y extenderse. Manos á la obra, pues, maravillosos instrumentos del genio de César, ministros de este Júpiter cuyo destino es hacer milagros, Severo y Celéres, genios atrevidos, que « manejan el arte todo lo que os negaria la naturaleza (1). »

Con una prontitud increíble, en el Palatino, en el Esquilino y en el valle que los separa, hácia el sitio donde está hoy Santa María la Mayor, se eleva la Casa de Oro; delante de ella un lago y al rededor de este edificios esparcidos, que asemejan una ciudad; entre la fachada y el lago está el vestibulo donde el señor hace esperar á todos sus clientes, es decir, donde Neron hace esperar á todos los pueblos del mundo, y en medio el coloso de Neron, de oro y de plata y de ciento veinte piés de altura; y mas allá pórticos de una milla con tres órdenes de columnas. En lo interior, todo está cubierto de láminas de oro, de piedras preciosas, de conchas, de perlas. En los baños, un conducto arroja agua del mar y otro agua mineral de Albula. El templo de la Fortuna, construido con una piedra recientemente descubierta, blanca y diáfana, parece iluminarse con una luz interior estando cerradas las puertas (2). Las salas de los banquetes, tan multiplicadas y tan singularmente fastuosas en las casas romanas, tienen decoraciones que se cambian á cada servicio, bóvedas de márfil de donde llueven flores, tubos de márfil que despiden perfumes; y otras aun mas bellas giran sobre sí mismas noche y dia como el mundo. Pero estas eran las menores grandezas del palacio de Neron. Allí se encontrarán lagos, vastas llanuras, viñas, prados; las tinie-

(1) Tácito, *Ann.* XV, 40.

(2) Plinio, XXXVI, 22.

blas y la soledad de los bosques, y magníficas vistas; y en medio de Roma y en palacio saltarán los gamos y pastarán los rebaños. Por esto Neron está casi contento esta vez y exclama: *Por fin tendré una morada digna de un hombre.*

Sin embargo, su casa no durará mucho mas que él. Neron la habia dejado por concluir, y Oton gastó cincuenta millones de sestercios para acabarla; pero el incendio no tardó en restituir á Roma lo que le habia quitado; en el mismo sitio y con los restos del palacio se elevaron el anfiteatro de Vespasiano, las termas de Tito, y mas tarde la basílica de Constantino; parte del lago sirvió para construir el Coliseo en cuanto al coloso Vespasiano y Tito le quitaron la cabeza y pusieron en su lugar la del Sol. Cómodo substituyó á esta la suya propia; trasformacion á que estaban acostumbradas las estatuas romanas.

Estas pasajeras grandezas costaron muy caras al imperio. No bastó á Neron poner su mano sobre todos los restos del incendio, y encargarse de las ruinas impidiendo á todos que volviesen á los escombros de sus antiguas moradas. Ni aun bastó una coleccion de coronas, ofrecidas en algun tiempo por la baja adulacion de las ciudades á Neron artista, y que Neron emperador no habia querido recibir; salario despreciado en mejores tiempos, y solicitado hoy por este músico necesitado. Se llevó á cabo un saqueo general del imperio, que demostró que si el sistema imperial era duro para los grandes y para Roma, no era suave para los pequeños y para las provincias. Se abre una suscripcion en todo el imperio, y Neron la solicita como un favor á que ninguno osaria negarse, y que arruina á las ciudades y á los ciudadanos, á Italia y á las provincias, á las ciudades libres y á las conquistadas, á los hombres y á los dioses. Los dioses, dice Tácito, fueron un botín; el oro de los triunfos y de los votos públicos fué arrebatado de los templos; los viejos penates de Roma fueron fundidos; emisarios de Neron recorren la Grecia, van hasta los pueblos mas pequeños, y traen una coleccion de dioses, la tercera, creo, y no la última que suministró á los emperadores la inagotable Grecia.

¡Pero cuán injusto es el pueblo romano! En vano Neron saquea el mundo en provecho suyo, y despues del incendio le abre sus jardines para que se refugie en ellos; hace venir de Ostia y de las ciudades próximas todo lo necesario, y les da el grano á tres ases la fanega; en vano sacrificando las casas, economiza los hombres; en vano para precaverle contra futuros caprichos de incendiarios ó nuevas manías de artista, da las mejores órdenes contra nuevos incendios, el pueblo persiste en imputarle el incendio; y este delito, el ménos probado de todos los de Neron, es el que le hace mas odioso al pueblo.

¿Qué quiere, pues, el pueblo? Las supersticio-

nes mas raras y mas olvidadas vuelven á renacer para expiar las contaminaciones de Roma, para que el Cielo les perdone el delito de Neron; el empolvado libro de las Sibilas es consultado por los sacerdotes; los lectisternios y las vigiliass sagradas, la procesion de las matronas que van á buscar con gran pompa agua del mar para rociar la estatua de Juno no bastan ya. Es necesario derramar sangre; la sangre humana que es para los antiguos el gran medio de expiacion.

Roma, que se gloria de haber abolido los sacrificios humanos en toda la tierra, conservó la costumbre, en sus mayores adversidades, de sepultar vivos, un Galo y una Gala, un Griego y una Griega; y Neron siempre que apareció un cometa, buscó alguna gran víctima para el verdugo, siguiendo el consejo de su astrólogo. La sangre corrió pues, Roma fué purificada, el pueblo calló; y Neron pareció ya inocente.

El Cristianismo, como hemos dicho ya, era un hecho legal y público, mal juzgado y evidente, mal conocido, pero conocido. Habia iglesias por un lado hasta en España, y por otro hasta lo interior de Egipto. Tácito, en pocas líneas, le da un nombre propio, una fecha, un origen (y sin engañarse) una reputacion buena ó mala, que era la que gozaba entre el pueblo. Del mismo modo habla Suetonio, casi contemporáneo suyo. Pero cuáles eran estas supersticiones extrañas, cuya invasion deploraba Claudio (1), y que el jurisconsulto Casio se lamentaba de encontrar difundidas entre los esclavos, y de que fué acusada la noble Pomponia, Griega, « mujer grave, santa, respetada, cuando sometida al juicio de su marido, este segun la antigua costumbre la juzgó criminalmente en presencia de sus parientes y la declaró no culpable? » Verdad es que poco despues, cuando principió la sangrienta persecucion, el Cristianismo se ocultó y el pueblo pudo ocultarlo; por lo cual Tácito y Suetonio, que no sabian su historia, llegaron á creerlo muerto; tambien Plutarco, que vivia con sus dioses y filósofos de Grecia sin examinar demasiado los archivos romanos, pudo ignorar su existencia y tambien la mayoría de los paganos; pudo confundirlo con el judaísmo. Observad, sin embargo, que el poder conocia el Cristianismo, porque Plinio, escribiendo á Trajano, le habla, como de cosa muy conocida, de los Cristianos. Ademas los tres escritores que hablan del Cristianismo, Tácito, Suetonio y Plinio, son los tres hombres mas positivistas, mas romanos, mas acreditados cerca de los principes mas conocedores de los archivos imperiales. Principalmente en tiempo de Neron, los progresos de la nueva religion saltaban á la vista. La enemistad de los Judíos y Cristianos habia sido pretexto, en tiempo de Claudio, para expulsar de Roma á los Judíos. Mas recientemente, San Pablo, custodiado por

(1) Tácito, *Ann.* XI, 15.

soldados del pretorio, y como él dice, « habiendo escapado milagrosamente de las fauces del león, » había hecho servir sus prisiones en provecho del Evangelio, dando gloria á Cristo en todo el palacio, mientras que sus hermanos cobrando ánimo, osaban mas alentadamente hablar la palabra de Dios sin temor (1).

El espíritu imperial conocía ya, pues, á su enemigo; porque era evidente que el Cristianismo declaraba una guerra abierta al espíritu de servilismo, de egoísmo, de falta de misericordia, por decirlo así, que Tiberio dió por fundamento al imperio. Llegó la hora en que Roma incendiada reclamaba víctimas mejores que toros y corderos, y César dirigió una sola mirada y encontró la suya. No os admiréis de que Neron, que tanto temía toda clase de fuerza, toda doctrina, que desterraba á los filósofos, que perseguía á Apolonio, que provocaba la gran rebelion de los Judíos, emplease el incendio de Roma como un medio para llegar hasta, los Cristianos y para tener al perseguirles al pueblo en su favor. Los Cristianos, pues, perecieron acusados por Neron de incendiarios, y por el pueblo de maleficio (2); y segun Tácito, porque eran odiados del género humano (3). Murieron no solo en Roma sino en Milan, en Aquilea, en las provincias, en España; en Roma perecieron una inmensidad; *multitudo ingens*, dice Tácito.

Hasta entónces los césares no se habian cuidado de imponer á sus víctimas una muerte cruel; ántes por el contrario, dejaban al condenado la eleccion y la ejecucion del suicidio. Ahora, en presencia, no ya de hombres, sino de un poder, César tuvo miedo, é invocó todos los refinamientos del verdugo. Aquella generacion recordó por mucho tiempo el espectáculo que le habian presentado los jardines del Vaticano y la misma plaza de San Pedro, cuando recibió su primera cruenta consagracion, cuando se vieron aquellas suntuosas alamedas iluminadas por hombres vivos á manera de fanales, y la caza de hombres vestidos con pieles de fieras, perseguidos por perros hambrientos, compadeciéndose de ellos hasta el mismo pueblo, el pueblo romano. Neron, vestido con el traje que llevaba al circo, guiaba su carro en medio de la fiesta. Juvenal y Marcial, un siglo despues, hablan de esta túnica dolorosa, del palo que atravesaba su garganta, del surco de sangre que humeaba en la arena (4). Juvenal nombra á este propósito á Tigelino, y su comentador recuerda la crueldad de Neron. Séneca me parece que se conmovió tambien con este espectáculo, cuando á cada momento habla de estas « pompas del suplicio, hierro, fuego, ca-

(1) *Ad. Phil.* 1.

(2) Suetonio, en *Neron*, 16.

(3) *Odiam generis humani*. En la Narracion explicamos por qué odiaban al género humano, y cómo debía entenderse esto. Este otro sentido es quizá mas antiguo. Bossuet (*Discours*, II, 26) explica ambas interpretaciones.

(4) MARCIAL, X; JUVENAL, VIII.

balletes, fieras, palos que atraviesan el cuerpo, túnica tejida de cuanto puede servir para alimentar la llama, espada que vuelve á abrir las heridas semiabiertas, y hace derramar nueva sangre de las heridas cicatrizadas; » cuando pinta á la víctima tranquila, sonriendo mientras mira sus entrañas descubiertas, y desde lo alto contempla sus propios dolores (1).

Recorramos ahora mas rápidamente lo restante de la carrera de proscripcion de Neron. Delante de César habia, puede decirse, una doble ciudad; una Roma filosófica, antigua y severa, una Roma imperial, voluptuosa y disoluta; dispuestas ambas á conspirar, una por virtud y ambicion, otra por fastidio, temor y libertinaje; una que seguramente hubiera querido practicar alguna quimera aristocrática y republicana; otra que separada de Neron por la rivalidad de los placeres, hubiese derribado á Neron, solamente por la ambicion de ser Neron. Esta division en dos razas, por decirlo así, puede descubrirse en Tácito desde la muerte de Pretonio, de Antistio y Polucia; por una parte el libertino que muere riendo y haciendo estrofas, rompiendo un magnifico vaso para que no lo posea Neron, y que jugando con la muerte abre y cierra sus heridas, y deja en su testamento una narracion libertina; por otra una familia romana que despues de abrise las venas se hace llevar al baño, « envuelta en los vestidos por respeto al pudor, y las tres personas mueren con la vista fija uno en otro pidiendo cada uno á los dioses un rápido tránsito del alma, para dejar vivos, aunque próximos á la muerte, á los dos seres que amaba. »

La conspiracion de Pison puso desde luego de manifesto lo que era la Roma imperial; conspiracion de cuartel y de palacio, en que entraban centuriones descontentos de este emperador poco guerrero, que pasaba la vida entre estúpidos y cortesanas, que pagaba muy atrasado, y por consideracion á su hermosa voz no arengaba nunca á los soldados; y hombres de la misma clase de Neron que disputaban con él sus vicios y censuraban su mal gusto; gente demasiado delicada en punto á placeres para someterse al gusto de los demas y admitirle so pena de muerte; uno que se vengaba de una sátira de Neron, otro que era aun su íntimo amigo y compañero en la orgía; Lucano porque Neron envidioso no le dejaba recitar sus versos; un cómplice de la muerte de Agripina que no habia sido tan recompensado como queria; y por último la cortesana Epicáris, que demostró mas valor que todos ellos. La conspiracion mirada por el lado frívolo y libertino se fundaba en haber elegido para el imperio á Calpurnio Pison, hombre de distinguida familia, de costumbres indulgentes y que en su casa de Baya daba acogida á los desórdenes imperiales, pero que temía ocultas denuncias y este temor le hacia aventurarse á todo.

(1) *Ep.* 14, 85, 76.

Hubo entónces un momento terrible. Figúrese el lector descubierta la conspiracion, aprisionada y torturada, pero viva en otro cuerpo truncado que se movia aun, á pesar de la mano de Neron que le sujetaba; el palacio rodeado de tropas, sin gente las calles, explorados los campos, y Roma vigilada por rondas en que iban siempre mezclados los soldados germanos, porque se desconfiaba de los romanos; Pison libre aun, solicitado por los suyos que le aconsejaban que saliese al campo y llamase á los soldados, se presentase en la tribuna y llamase al pueblo. Neron temblando no se atreve á mandar mas que reclutas para arrestar á Pison, y se mantiene encerrado en la *villa* de Servilio, fortaleza para él y cárcel para los acusados: parte de los conjurados están encadenados á sus piés; otra parte armados á su lado, y aparentando lealtad, fidelidad, rigor, preguntando, acusando, llevando al suplicio, y sin embargo conspirando siempre; los cómplices aun no descubiertos son verdugos; los cómplices arrestados delatores. Las pasiones egoístas reunidas en esta conspiracion dieron el grito de sálvese el que pueda.

Los conjurados mueren de varios modos: Pison adulando al César en su testamento para conservar sus bienes á una mujer á quien amaba; Lucano recitando y corrigiendo sus versos; Séneca con una firmeza algo teatral; algunos centuriones con valor. Uno de estos, preguntado por Neron por qué habia conspirado, le respondió: « Despues de todas tus infamias » era el mejor servicio que te se podía hacer. » Otros, absueltos por Neron, se dieron la muerte. La venganza se extendió bien pronto, y Neron se sentaba en el tribunal entre Tigelino y Póppea, condenando como juez cuando habia un motivo de acusacion, mandando como emperador cuando no le habia (1). Era un delito ser pariente de un proscrito haberle saludado ó encontrado; los hijos de los proscritos eran expulsados de Roma, envenenados, muertos de hambre ó degollados con sus preceptores y sus esclavos. « En Roma no habia mas que exequias; el Capitolio estaba lleno de víctimas inmoladas á los dioses. » Los que habian visto matar á su padre, á un hermano, á un amigo, rodeaban de laurel las puertas de su casa, abrazaban las rodillas de Neron, besaban su clemente mano. El Senado le hizo dios.

La filosofía se habia separado, estando representada solo por el jóven Laterano. Mas no por esto se salvó; Séneca pereció, el manto del estoico fué proscrito, los filósofos partieron á cientos al destierro (2), siendo acusados de magia, así como los Cristianos de sortilegio. Este fué el principio de una larga lucha entre el estoicismo y los césares, que fué el hecho dominante de la generacion siguiente: el estoicismo, desterrado muchas veces, volvió al lado del trono y aun se sentó en él. Sin embargo, la

(1) Tácito, *Ann.* XV, 69.

(2) Tácito, *Ann.* XV, 71.

filosofía no murió por esto. Tráseas, que no se presentaba en el Senado, ni prestaba juramento al emperador, que abandonaba la curia cuando se trataba de deificar á Póppea, muerta de un puntapié que le dió Neron, que no hacia nunca sacrificios por la divina voz del emperador, que despreciaba toda religion porque no adoraba al César panegirista de Caton, Tráseas era una protesta continua contra el poder. Se decia que sus secuaces y satélites imitaban su gravedad al andar, su gesto severo, su alto modo de hablar, y pintábasele á Neron como un partido que amenazaba guerra. Neron mismo dudó en hacer acusar á Tráseas. En aquel dia los mejores delatores, á quienes la esperanza de un gran premio habia hecho desafiar el peligro, se habian puesto de acuerdo; el Senado estaba cercado de hombres armados, soldados con toga, pero con las armas ocultas debajo, amenazaban á los senadores en el Foro. Neron no se atrevió á presentarse, é hizo leer una arenga en su nombre. El lenguaje de los acusadores fué amenazador aun para los jueces; en fin, « no hubo aquella tristeza fácil de reconocer y que habia hecho habitual la frecuencia de tales luchas, pero en la asamblea dominaba un terror nuevo y mas profundo. »

Con Tráseas fué condenado lo mejor su partido; fué sentenciado á muerte Sorano, amigo suyo y á quien un delator habia reclamado « como acusado suyo particular, » y desterrados su yerno Elvidio y Paconio. Este último esperaba tranquilamente su sentencia. « Se está viendo tu causa en el Senado, le dijeron. » — Bueno, respondió; pero es la hora de « quinta, vámonos á los juegos. » Concluidos los juegos le dicen que le han condenado. « ¿Al destierro ó á la muerte? pregunta. Al destierro. — ¿Y mis bienes? — Te los dejan. » — Pues vámonos á comer á Aricia. » Los delatores ganaron aquel dia un buen jornal; dos de ellos recibieron el uno cinco millones de sesteracios. (Un millón de francos.) En recompensa, el otro un millón y doscientos mil y varios honores.

No faltaban traidores al estoicismo; Sorano fué acusado por un tal Ignacio, estoico, hipócrita comprado por Neron. Pero tambien tenia fervientes amigos, uno de los cuales habló con tanto calor en defensa de los acusados que fué castigado con la confiscacion y el destierro; otro jóven, mártir despues de sus creencias, fué persuadido á duras penas por Tráseas para que no emplease en su favor las abolidas prerogativas del tribunado. Nunca se habia visto tal valor ni tal union en tiempo de Tiberio. Sin embargo, Tráseas al tiempo de morir, desesperando del porvenir de su causa, dijo al jóven Rústico: « Mi vida termina; no abandonaré la » línea de conducta que he seguido: tú principias ahora tu carrera, aun no te obliga nada » el porvenir: reflexiona bien ántes de resolver el camino que has de seguir en un tiempo » como este. »